

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 22, 19-23): *Aquel día llamaré a mi siervo.*

Salmo (137, 1-2a.2bc-3.6 y 8bc) *«Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos»*

2ª lectura (Romanos 11, 33-36): *¿Quién conoció la mente del Señor?*

Evangelio (Mateo 16, 13-20): *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

Pedro recibe, de parte de Jesús, la misión de unir lo que está roto. Naturalmente ese encargo es en continuidad con la misma acción de Jesús que logró reunir, en su persona, a un grupo muy diverso de seguidores; que perdonó a quienes estaban rotos por el pecado; que curó a los enfermos y resucitó a muertos; que congregó a judíos y extranjeros, ricos y pobres... y, además, integró en su grupo, a hombres y mujeres en una cultura donde estas no pintaban nada. Jesús constituyó una nueva relación basada en el amor y la fe porque Dios nos quiere a todos unidos, como hermanos.

Nuestro mundo está lleno de rupturas. A las rupturas en las familias hay que unir las que se dan en la vida de la misma Iglesia y de sus grupos; pero también las rupturas sociales o políticas; encontramos rupturas en el ámbito laboral y profesional. Podríamos hablar de las rupturas que llevan a las guerras entre países o regiones... Y ¡cómo no!, cuántas rupturas hay en el interior de las personas. ¿Podemos permanecer parados ante tanto dolor? Forma parte sustancial de la misión que Jesús encomienda a Pedro: curar heridas, acercar los extremos, facilitar el diálogo y el encuentro, consolar y curar a quienes están rotos.

El encargo de Jesús a Pedro (y por tanto a toda la Iglesia) no está restringido a unos pocos destinatarios. El imperio de la muerte está demasiado cerca del corazón y la vida de las personas como para permanecer indiferentes. Atar y desatar, unir y liberar, vincular o desmarañar... son la misma respuesta a situaciones diferentes que buscan mostrar a cada persona la Buena Nueva de la salvación que viene de Dios y que se concreta en el bien de sus hijos. Para esta tarea todos somos elegidos, bendecidos y enviados por parte del Señor. ¿Quién no conoce situaciones de ruptura ante las que no pueda hacer algo?

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Con esta pregunta Jesús quiere comprobar que sus discípulos, los que comparten con Él apreciaciones y estima de las cosas de su Padre, ya no coinciden totalmente con el criterio de la gente. La convivencia con Jesús ha ido enriqueciendo el criterio de sus discípulos; su estima por los valores del Reino es cada vez mayor y día a día van aprendiendo de Jesús que la salvación, que Él trae, es la que verdaderamente da el bienestar al hombre.

La gente, el mundo contemporáneo a Jesús, esperaba un Mesías que le liberase de la opresión, que tuviera el valor de denunciar el mal ante los poderes del mundo, que curase las enfermedades y hasta que resucitara a los muertos. Lo que ya no aceptaba con tanta facilidad la gente es que este Mesías tuviese que sufrir; les costaba aceptar que el sufrimiento del Mesías no cancelase definitivamente el sufrimiento de los hombres. A duras penas podían llegar a entender que Jesús era el Mesías; ni siquiera los mismos discípulos de Jesús ven en su Maestro más allá del hijo del hombre.

Fue el hijo de Jonás, Simón, Pedro, quien, movido por el Espíritu y superando todas las dificultades que le ofrecía su carne y hueso, se adelanta en su declaración sobre la divinidad de Jesús: *«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»*. Pedro, que ya conocía a Jesús, fue capaz de reconocerlo. Jesús era todo para él. Esta confesión de Pedro no es una pura fórmula de fe, sino una vivencia desde el Espíritu de la realidad presente en carne y hueso del propio Hijo de Dios. Y esa vivencia nos hace sentir la salvación como algo real y vivo, presente entre nosotros, y que cuando se hace razón de nuestra existencia vivifica todo nuestro ser y transmite, contagia vida y salvación a todo lo que nos rodea.

Desde esta experiencia vivida a través del don de la fe y de la gracia recuperamos la salud y bienestar espiritual que supera toda dolencia y sufrimiento, incluso el trance de la muerte. Es la experiencia que el discípulo de Jesús, todo cristiano, debe anhelar y buscar con interés para nutrir su vida entera. Pero la advertencia de Jesús a los suyos continúa siendo válida para los cristianos de hoy: *“no tergiverséis el verdadero sentido del Mesías; no alardeéis de un mesianismo que no es el de Jesús, el Hijo de Dios vivo”*.

No basta nuestra condición de cristiano para hacer ostentación del favor de Dios; basta recordar la arrogancia de Sobná, el mayordomo de palacio, quien se creía revestido del poder real y sin embargo acabó destituido de su cargo y de sus honores. Dios confía su intimidad a su Hijo y a través de Él a los que son sus amigos y saben tratar con dignidad el misterio de Dios. Por eso es tan importante adentrarnos en la intimidad de Dios, vivir la experiencia de su Hijo quien, sin rehuir el sufrimiento, nos reveló los caminos insondables de las decisiones divinas en favor del hombre.

También hoy nos surge esta pregunta a nosotros: **¿Quién es Jesús para ti?** La respuesta que demos puede movilizar toda nuestra vida para seguir los pasos del Señor y hacer nuestra su misión de anunciar el Evangelio por medio de las buenas obras. No se trata de una respuesta aprendida sino de un verdadero encuentro con el Señor que se convierte en aquel que guía mis pasos, orienta mis decisiones y hace que me comprometa con los demás para ser su discípulo, como lo fueron los de primera hora.